

ORIGENES DE LA ESTRUCTURA SOCIAL NORTEAMERICANA  
CONTEMPORANEA:  
BREVES CONSIDERACIONES

SILVIA NUÑEZ GARCIA\*

La indiscriminada difusión del estilo de vida norteamericano durante los últimos años cual si fuese producto de una estructura social perfecta, se ha transformado en una de las principales fuentes de influencia estadounidense. Su obvio impacto en la sociedad mexicana por trascendente, es no menos importante que la ascendencia económica, política o financiera.

Por ello, el estudio y análisis de ella a partir de las relaciones entre las clases o estratos sociales norteamericanos en tanto sustancia y sustento de un amplio consenso social, articulado en torno a ideales como los de la democracia, la libertad, la individualidad o el bienestar material, encuentran una lógica propia indispensable de abordar sistemáticamente si lo que perseguimos es hacer objetiva e integral nuestra percepción sobre los Estados Unidos.

En la medida en que accedamos al conocimiento de los factores y mecanismos que originan o condicionan la "funcionalidad o disfuncionalidad" de la complicada estructura social norteamericana contaremos con elementos suficientes no para descalificar el *american way of life* en contraposición con nuestras propias costumbres y modo de vida, sino para desmitificar su imagen en momentos en los que es impostergable para nuestro país el consolidar una identidad propia.

Si aceptamos el supuesto a priorístico de que a mayor nivel de desarrollo corresponde una estructura social más compleja, en tanto que los factores para diferenciar a las clases y los estratos sociales se multiplican, el paso inicial para fundamentar esta exposición deberá considerar la trayectoria del fenómeno en cuestión a lo largo del devenir histórico de los Estados Unidos.

Aún cuando desde sus orígenes la sociedad norteamericana ha permanecido reacia a aceptarse como una sociedad estratificada en la que los individuos se disputan la estimación social, el prestigio, la riqueza y el poder de acuerdo a una posición dentro del orden social jerárquico, la contradicción entre el idealismo de palabra y la realidad práctica permea lo

\* Investigadora del Area de Estados Unidos del Centro de Investigaciones sobre Estados Unidos de América, UNAM.

que en el fondo es un conflicto irresoluble para las sociedades capitalistas: la desigualdad.

De esta forma, al hacer un somero recuento a lo largo de las principales etapas de la historia norteamericana, se observa que durante el dominio inglés y pese a las particularidades de cada una de las 13 colonias en relación con sus instituciones o modos de vida, la sociedad en general estaba claramente diferenciada desde entonces por capas sociales.

Una pequeña minoría detentaba el poder económico y el político, al mismo tiempo que subordinaba a sus intereses al grueso de la población. Esta élite mantenía una situación de privilegio básicamente por la explotación de dos fuentes de riqueza: la tierra y la mano de obra esclava.

Como sostiene el historiador Edward Pessen, no se pueden precisar con exactitud los porcentajes de población colonial que conformaba cada uno de los tres principales estratos sociales: el alto, el medio y el bajo. Sin embargo, es factible intuir que dadas las circunstancias del momento histórico, el sector medio no concentraba a los grandes núcleos de población, mismos que se hallaban agrupados en lo que constituiría la base de la pirámide social.

Comerciantes, pequeños propietarios, granjeros, artesanos especializados, profesionales y empleados integraban las capas medias, mientras que obreros, siervos escriturados y esclavos componían las capas inferiores.

El desarrollo de los acontecimientos que corren desde el inicio de la lucha por la Independencia en 1776 hasta 1820 fue trascendental en cuanto al nacimiento de uno de los grandes pilares del credo norteamericano: el mito de la inexistencia de clases.

Pese a que el centro del conflicto entre el Imperio Británico y las colonias americanas giró en torno a la imposición de nuevas medidas tendientes a subordinar el interés económico de éstas, los ideales de democracia y libertad —que figuraban ya como afanes específicos en la mentalidad de muchos de los inmigrantes procedentes del Viejo Mundo—, redondearon la propuesta de independencia en términos de un proyecto político que buscaba la destrucción de la herencia monárquica y aristocrática del gobierno colonial.<sup>1</sup>

No obstante lo determinista *per se* de la afirmación anterior en el sentido de poder asumirla como un nítido planteamiento de clase, el hecho de que en la disputa por la Independencia participaran individuos de las más variadas capas sociales le otorgó una connotación especial. Todos los interesados en la autonomía del país encontraron cabida en la lucha, amalgamados por una ideología más que liberal, pequeño-burguesa.

Esto, aunado a la habilidad de los líderes políticos para justificar de manera formal la rebelión haciendo referencia al concepto de la igualdad, resultó en la formación de una falsa conciencia.

<sup>1</sup> Véase MULLER, Herbert J. *Freedom in the Modern World*, Harper and Row, New York, 1963.

El excepcionalismo norteamericano fijó desde entonces uno de sus postulados centrales: la inexistencia de clases sociales al interior de su sociedad en tanto que la igualdad, como reconocido derecho natural y divino, quedaba sancionada en términos formales por una Constitución que garantizaba a su vez el funcionamiento de la democracia.

Ya la misma Declaración de Independencia había sentado un significativo precedente en lo que respecta a la manipulación del sentir común de los norteamericanos en relación con su posición de clase, al sostener como verdad manifiesta la igualdad de todos los hombres. Desde aquel momento, al pueblo de los Estados Unidos se le adjudica la creencia de que su sociedad es una sociedad lineal, semi-perfecta, en donde si prevalecen las diferencias entre unos y otros, éstas son imputables a múltiples factores como los étnicos, los raciales, los religiosos, el sexo o la capacidad e inventiva individuales. Y, si acaso alguien persevera en afirmar la existencia de las clases sociales, es persuadido de que éstas por sí mismas no tienen significación alguna en tanto que se les considera políticamente irrelevantes.

Sin lugar a dudas, este período de casi medio siglo trajo consigo valiosas transformaciones. La liberalización del orden político fue abriendo el camino para la participación de los sectores sociales medios en la estructura de poder, al mismo tiempo que la emergencia del federalismo puso coto al centralismo burocrático, permitiendo que las instancias de gobierno estatales y municipales se convirtieran en portavoces eficaces de los intereses locales. No obstante, la movilidad social se mantuvo sin cambios respecto a la situación prevaleciente en la etapa pre-revolucionaria, al mismo tiempo que la inequitativa distribución de la riqueza se agudizó. Tampoco el surgimiento de nuevas fortunas alcanzaba todavía a suplantar a la vieja clase superior heredada de la colonia.

La estabilidad que precedió a los tiempos de turbulencia comprendió de 1820 a 1850. Reconocida como la "Era Jacksoniana", se caracterizó por su dinámica expansionista interna y externa.

La crecida ola de inmigrantes resultó en la necesidad de ampliar y diversificar las fuentes sujetas a explotación. No únicamente se requería de un territorio de mayores dimensiones y de nueva infraestructura, sino de mano de obra para satisfacer las demandas del mercado. Estas circunstancias presionaron en la colonización del Oeste y la gestación de uno de los mitos norteamericanos por excelencia: el ideal del hombre de la "Frontera".

Si bien los Estados Unidos ostentaban con antelación el título de la "tierra promisoría", ésta adolecía del elemento humano para hacerse legendario, sí el prototipo del pionero como el hombre triunfante, independiente, agresivo y capaz de enfrentar solo las más serias vicisitudes llegó para reivindicar el individualismo tan acendrado de la sociedad norteamericana, en menoscabo del sentimiento de clase.

La expresión más fehaciente de que el paradigma de la "Frontera" era viable para todos fue el mismo triunfo de Andrew Jackson como Presidente. El hecho de que un hombre común —procedente del entonces remoto

Tennessee— accediera a la cúspide del poder, sirvió principalmente de estímulo a los sectores medios para consolidar su potencial político.<sup>2</sup> La dinámica de la estructura social comenzó a favorecer de manera sustantiva a los sectores medios *WASP* (*White, Anglo-Saxon, Protestant* —blanco, anglo, sajón, protestante) y, aunque los historiadores del consenso sostienen que no hay un período más difícil que éste para diferenciar a las clases sociales a todo lo largo de la historia de los Estados Unidos, la brecha entre unas y otras siguió profundizándose.

Inmensas fortunas acumuladas por terratenientes o comerciantes de manera hereditaria los sostenían como la clase privilegiada (más de una tercera parte de la riqueza total del país estaba en manos de sólo 100 familias), mientras que los trabajadores agrícolas y urbanos, los artesanos y pequeños propietarios vivían en condiciones severas de marginación. Empero, el desencanto de la élite social y económica por hacer política dejó la opción del quehacer público a los sectores medios educados, quienes en su gran mayoría contaban como única posesión el derecho a votar y ser votados.<sup>3</sup>

De alguna manera, se puede afirmar que el auge económico alcanzado durante el gobierno de Jackson por dos proyectos nacionales antagónicos como el del Norte y el del Sur, recrudenció sus diferencias y sentó las bases para el estallido del conflicto bélico.

Durante ésta y la etapa de Reconstrucción se hizo manifiesta la pobreza prevaleciente en el país. No sólo entre clases o estratos sociales se podía hablar de diferencias sino también a nivel de regiones geográficas. El Norte victorioso logró imponer su proyecto industrializador por sobre los intereses del resto de la nación. El Sur había quedado devastado y la aristocracia esclavista desaparecía en definitiva, mientras que la liberación de la mano de obra esclava contribuía desde dos vertientes a la consolidación del capitalismo industrial. Una, suministrando los recursos humanos que demandaban los nuevos tiempos y otra, presionando sobre el abaratamiento de la fuerza de trabajo, al propiciar la formación de un ejército industrial de reserva.

La región Oeste y sus habitantes no escaparon a las repercusiones de la transformación económico-política del momento, abocados principalmente a la explotación agrícola, minera y ganadera en pequeña escala, cayeron cautivos del capital financiero una vez que se vieron obligados a abandonar la tradicional economía de autoconsumo. La especialización de los cultivos y el uso intensivo de la tierra fueron las pautas a seguir por los granjeros que querían subsistir en un medio de mayor competencia, fortalecido por los avances tecnológicos. Sin embargo el único camino pa-

<sup>2</sup> Véase HODGES, Harold M. Jr. *La Estratificación Social. Las Clases Sociales en América*, Tecnos, Madrid, 1974.

<sup>3</sup> Véase PESSSEN, Edward. "Status and Social Class in America", en Luther S. Luedtke, ed., *Making America. The Society and Culture of the United States*, United States Information Agency, 4a. ed., Washington, D. C., 1988.

ra lograrlo era el del endeudamiento, por lo que a partir de aquel entonces los agricultores norteamericanos hipotecaron el futuro y la posición de clase ante su subordinación al gran capital.

Haciendo un esfuerzo por sintetizar los cambios más relevantes acontecidos en el seno de la estructura social estadounidense durante esta etapa se puede considerar lo siguiente:

- La clase alta demostró su falta de cohesión interna a nivel nacional y su heterogeneidad con la caída de los terratenientes del Sur y el fortalecimiento de los grandes capitalistas del Norte empeñados en la consolidación del industrialismo.
- La movilidad social ascendente comenzó a acelerarse entre los sectores medios urbanos dada su participación en el aparato burocrático a nivel de cuadros medios y, eventualmente, de cuadros dirigentes al interior de la estructura de poder.
- Los estratos sociales inferiores se mantuvieron en los límites de la *sobrevivencia* debido a la escasez de oportunidades originada por la presión de los inmigrantes, los ex-esclavos, el virtual paro de las actividades económicas en el Sur después de la guerra y la pauperización de los granjeros.

La consolidación del modelo industrial ocurrida entre 1865 y 1895 profundizó la brecha entre los tres sectores sociales predominantes en los Estados Unidos (alto, medio y bajo). Lo sucedido entonces probó que en la medida en que el sistema capitalista avanzaba, las condiciones objetivas a las que cada uno de los estratos o clases estaban circunscritos propiciaban desde la solidaridad hasta la conciencia de clase, representando así un peligro para la estabilidad del sistema.

Pese al esfuerzo de la historia oficial por recalcar las extraordinarias oportunidades del período, utilizando como parámetros universales las trayectorias personales de algunos de los más destacados magnates del momento como Andrew Carnegie o John P. Morgan, la irritación social se manifestó públicamente.

Las crisis recurrentes del capitalismo norteamericano aunadas a la tendencia monopólica repercutieron en cambios significativos en la composición y estructura de la sociedad. La clase alta atravesó por una etapa de depuración dado el desmedido afán de lucro, mientras que los estratos medios y bajos sufrieron reajustes a causas de una nueva división del trabajo.

Al popularizarse el sistema de fábrica, el artesano y el trabajador agrícola cedieron su lugar a los obreros en cuanto mayoría representativa de los estratos sociales inferiores. Estos, constituidos en un cuerpo permanente de asalariados, sometidos a la explotación y realizando sus tareas en pésimas condiciones, vinieron a confrontar las ideas y valores que sobre la fun-

ción del trabajo, en tanto generador de la igualdad social, compartían los estadounidenses.<sup>4</sup>

La aparición de un movimiento obrero organizado —sin precedentes en la historia de los Estados Unidos hasta entonces— fundamentado en el radicalismo doctrinario, aportó estímulos a la cohesión de los obreros en tanto clase social. Múltiples huelgas, boicots y manifestaciones violentas dieron cuenta del desequilibrio imperante en la sociedad al hacer públicas las demandas de los sectores más desprotegidos.

Esto sensibilizó de modo importante tanto a los sectores sociales medios como al aparato de poder. Los primeros, temerosos de perder sus pequeños privilegios ante la posible efervescencia política, optaron por el reformismo social que postulaba a las organizaciones civiles voluntarias como la panacea para mediatizar las contradicciones entre los estratos sociales. Sus objetivos oscilaban desde la capacitación y educación de los estratos bajos hasta su salvación espiritual o integración al proceso de “americanización”, falseando sus verdaderas intenciones: mantener el orden establecido, renovando el idealismo norteamericano con una buena dosis de moralidad e imponiendo a las mayorías el modo de vida de la clase media.<sup>5</sup>

Por otra parte, el gobierno norteamericano no nada más se había mantenido como aliado y principal promotor de los intereses económicos de la clase superior, reprimiendo por medio de la fuerza el descontento de las mayorías (vg. la masacre de Haymarket Square en 1886), sino sancionando por igual la doctrina del Darwinismo Social<sup>6</sup> en tanto proyecto ideológico válido de la minoría privilegiada.

Encabezados por el profesor William Graham Sumner, los ideólogos norteamericanos del momento se dedicaron a fundamentar la apología del capital con base en la inevitabilidad de la desigualdad social. La riqueza y su contraparte fueron expuestas como manifestaciones de la evolución natural de la sociedad, por lo que la pertenencia a una u otra clase social aparecía justificada en función de las capacidades “inferiores o superiores” de los individuos. La clase superior estaba así destinada a crear la abundancia e implementar los mecanismos idóneos para que ésta derramara en beneficio de los demás.<sup>7</sup>

De esta manera, con el desbordamiento de las tensiones sociales a partir de los conflictos entre obreros y patrones, el aparato gubernamental tu-

<sup>4</sup> Véase NUÑEZ GARCIA, Silvia. *Los Estados Unidos (1865-1895): Formación de una Sociedad Industrial*, Tesis Profesional, FCPyS, UNAM, México, 1986.

<sup>5</sup> MORISON, Samuel Eliot *et al.* *Breve Historia de los Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980, p.621.

<sup>6</sup> Un análisis detallado sobre la importancia del Darwinismo Social en la historia norteamericana lo ofrece HOFSTADTER, Richard, *Social Darwinism in American Thought*, revised ed., Boston, Beacon Press, 1955.

<sup>7</sup> NUÑEZ, *Op. cit.*, pp.85 a 90.

vo que reconsiderar su posición, por lo que en aras de salvaguardar el pacto social hubo de convertirse en árbitro que mediara la contienda.

Por más desalentadora que parezca la visión hasta aquí presentada de lo que para los marxistas sería considerada como la lucha de clases al interior de la sociedad norteamericana —sin que por el uso del término el enfoque de este texto pretenda modificarse—, las condiciones de vida y de movilidad social ascendente se mantuvieron altas en comparación con las del resto del mundo. Aquí entonces la explicación a las constantes corrientes de inmigrantes que, pese a su ubicación dentro de los estratos bajos, llegaban a compartir las expectativas de mejoramiento del común de los norteamericanos. Así, la agudización de las contradicciones sociales fue atemperada a nivel superestructural con base en la confianza en un mejor futuro.

El arribo del siglo XX presenció la promoción de los Estados Unidos como potencia hegemónica mundial y sus consecuentes implicaciones internas. Pese a que la clase alta —compuesta eminentemente por los grandes empresarios industriales y financieros— pregonaba en sus inicios que la prosperidad en el país trascendía las clases sociales, la necesidad de optar por una economía de guerra en cuanto válvula de escape al conflicto de la desigualdad social demostró lo contrario. El historiador revisionista Howard Zinn lo expresa en los siguientes términos:

El capitalismo norteamericano requería de rivales internacionales —y guerras periódicas— para crear una comunidad artificial de intereses entre ricos y pobres capaz de suplantar los intereses de clase entre los pobres, evidenciados a través de ciertos movimientos sociales.<sup>8</sup>

Aún cuando la incursión de los Estados Unidos en los principales conflictos bélicos de este siglo dinamizó el aparato productivo, repercutiendo en la elevación de los niveles de vida, las diferencias de clase prevalecieron al grado de que se puede considerar que los estratos altos concebían las guerras y usufructuaban sus ventajas, los estratos medios concentraban las operaciones de logística y organización y los estratos inferiores aportaban el material humano para dirimirlas.

Por otro lado, la implementación a gran escala de un estado benefactor (el *New Deal* Rooseveltiano o la *Great Society* de Johnson) vino a repercutir favorablemente sobre los estratos sociales inferiores y en su cooptación por las tendencias políticas oficiales, en especial las sustentadas por el Partido Demócrata.

Salvo el lapso de cuestionamiento socio-político de la década de los sesenta —que amenazaba con fracturar el consenso básico entre las clases sociales norteamericanas—, la institucionalización de la lucha de clases ha sido factible gracias a la adaptabilidad del propio capitalismo y a la inte-

<sup>8</sup> ZINN, Howard. *The Twentieth Century. A People's History*, New York, Harper Colophon Books, 1984, p. 65.

gración de todos los norteamericanos, en tanto individuos, a la lógica del consumo como sujeto-objeto.

### CONCLUSIONES

Las especificidades históricas, políticas, ideológicas y culturales que han dado forma a la estructura de clases de la sociedad norteamericana contemporánea exigen un cauteloso análisis, en base a categorías teórico-metodológicas que sobrepasen la magnitud de lo estrictamente estadístico y verificable, para adentrarse en la comprensión del plano subjetivo e individual de la vida social. Sin éste, toda aproximación al fenómeno puede quedar restringida e inhabilitada para aprehender la realidad social en tanto globalidad.

Por otra parte, lo que suele calificarse como el “excepcionalismo norteamericano” prueba la versatilidad de la estructura de clases de los Estados Unidos, en tanto una continúa adaptación pragmática a las distintas etapas del desarrollo capitalista. Ante estas circunstancias, una visión teórica en extremo ortodoxa y esquemática resulta —en mi opinión— endeble frente a las múltiples perspectivas abiertas por el eclecticismo.

Es innegable que el correr del tiempo ha modificado la estructura de clases estadounidense en razón al incremento de las demandas específicas de cada clase o estrato —entendidas éstas en términos de conglomerados humanos que comparten similar formación cultural, recursos económicos, orientaciones ocupacionales y experiencias vitales—,<sup>9</sup> por lo que el desafío para la estabilidad social ha sido la conducción de dichas presiones a través de las vías reglamentadas por el Derecho.

Si se parte de la definición Gramsciana que sostiene que todo consenso implica un sutil mecanismo de dominación y se hace un seguimiento histórico del orden social de los Estados Unidos, es posible entender cómo el mejoramiento sucesivo —en términos absolutos— de las condiciones materiales de existencia de los estratos inferiores no ha repercutido en el incremento de su influencia y poder políticos.

La heterogeneidad y el consenso del orden social nos hablan de la gran paradoja norteamericana: “la unidad en la diversidad”.

De aquí la importancia de entender el significado objetivo de la estratificación social para los estadounidenses tanto como su postura ideológica para negarla o discriminarla, en términos de una dualidad definitoria de la realidad social.

Para finalizar, baste añadir que este trabajo fue sólo un primer acercamiento al tema con la intención primordial de despertar el interés por el mismo. Mucho queda aún por precisar, aunque está fuera de toda discusión la relevancia de abordar el estudio sistemático de la estructura social de los Estados Unidos en términos de una complejidad interna que trasciende al exterior.

<sup>9</sup> HODGES, *Op. cit.*, p. 31.